



Biomédica

ISSN: 0120-4157

biomedica@ins.gov.co

Instituto Nacional de Salud

Colombia

Santacruz, María L.; Arana, Rubí E.

Experiencias e impacto psicosocial en niños y niñas soldado de la guerra civil de El Salvador

Biomédica, vol. 22, núm. Su2, diciembre, 2002, pp. 383-397

Instituto Nacional de Salud

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=84309607>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ARTÍCULO ORIGINAL

Experiencias e impacto psicosocial en niños y niñas soldado de la guerra civil de El Salvador

María L. Santacruz, Rubí E. Arana

Instituto Universitario de Opinión Pública, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, San Salvador, El Salvador.

Se realizó una investigación con 293 personas que participaron durante su infancia como niños soldados del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y la Fuerza Armada de El Salvador (FAES) en la guerra civil en El Salvador, con el fin de explorar sus condiciones actuales de vida y el impacto que la guerra les pudo haber causado. Las autoras encontraron que, en términos psicosociales y luego de casi diez años de firmados los acuerdos de paz, los efectos de los que se puede dar cuenta a partir de los resultados de la investigación se articulan en torno a la presencia de indicadores de alteración emocional. No obstante, los hallazgos sugieren que sus condiciones actuales de vida y su situación de marginación social son un factor que incide en el nivel de impacto y pone en riesgo su adaptación al medio familiar, comunitario y social.

Palabras clave: niños soldados, guerra civil, impacto psicosocial, exclusión y marginación social.

Experiences and psychosocial effect among soldier child during the civil war in El Salvador

Exploratory research with 293 excombatants who participated as child soldiers in the El Salvador civil war as FMLN (Marti Front for National Liberation) members or as Armed Forces soldiers was conducted to examine their current living conditions and the impact of past military experience. Although nearly ten years have passed since the peace accords were signed, the excombatant exhibited signs of emotional disturbance. Current underprivileged living conditions and social marginalization were decisive factors which inhibited reentry into civilian life and constituted an important psychosocial impact by placing at risk their integration at the family, community and society levels.

Key words: child soldiers, civil war, psychosocial impact, social exclusion and marginalization.

Si bien todo conflicto bélico deja a su paso una estela de consecuencias que repercuten en la subjetividad de las personas que forman parte de una sociedad, estas secuelas alcanzan grandes proporciones si, como en el caso de El Salvador, hablamos de una guerra civil que subvirtió por más de una década las bases mismas del cuerpo social y de los grupos más vulnerables que la componen. Entre éstos, los niños y niñas sufrieron

las repercusiones más profundas, pues, por lo general, contaron con escasos recursos materiales o psicosociales para afrontar esa realidad. Este fue el caso, sobre todo, de quienes experimentaron en carne propia la guerra civil salvadoreña a través de su intervención activa en ella como 'niños y niñas soldado', un hecho que no sólo violó sus derechos más fundamentales, sino que facilitó su explotación con propósitos políticos, los expuso directamente a los estragos de la guerra y los sumergió de lleno en la violencia (1). Esto al margen de arrebatarles incluso los pocos elementos de los que podrían haber echado mano para enfrentarla de mejor forma, tales como su familia, amigos e, incluso, su comunidad.

Correspondencia:

María Santacruz

mariasg@iudop.uca.edu.sv

msantacruzgiralt@hotmail.com

Recibido: 24/03/02; aceptado: 09/09/02

Muchas expectativas se cifraron en que la finalización del conflicto armado traería consigo una canalización de esfuerzos y articulación de voluntades para compensar en alguna forma a las personas involucradas por los años invertidos en el conflicto y facilitar con ello su transición a la vida civil. Sin embargo, la fase de posguerra no llenó las expectativas, sobre todo en el caso de los niños y jóvenes militantes. Fue un grupo al que no se le tomó en cuenta en los acuerdos de paz y al que los dirigentes de los grupos enfrentados no prestó atención después del cese al fuego. Al parecer, tanto el hecho de que un buen segmento de niños y jóvenes participaran directamente en la guerra como el de las repercusiones que esto traería a corto y largo plazo fueron prácticamente ignorados por la sociedad salvadoreña. De ahí que las condiciones de vida actuales de estos 'niños soldado', ahora adultos jóvenes, constituyan una expresión de la marginación que como grupo sufrieron desde el momento en que se negoció un cese a la confrontación bélica.

En el contexto de la posguerra salvadoreña, el tema de los 'niños soldado' tampoco ha recibido la atención debida, lo que se evidencia en la escasa información e investigación existente. De cara a esto, a finales de 1998 y principios de 1999, el Instituto Universitario de Opinión Pública de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, bajo el auspicio del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, Unicef, realizó una investigación exploratoria, denominada *Niños soldados, lecciones aprendidas*, dirigida a personas que hubiesen combatido o participado durante la guerra como niños y niñas soldados (2). El objetivo principal del proyecto de investigación era recoger las experiencias vividas por los menores durante su participación en el conflicto armado que azotó al país durante doce años y resaltar el impacto que éstas pudieron haber tenido en su desarrollo y evolución, así como identificar los resultados, tanto positivos como negativos, de los procesos de desmovilización y reintegración a la vida civil. Para tratar el nivel de impacto que en ellos pudo haber dejado su participación en la confrontación armada, se parte de la conceptualización teórica de trauma psicosocial

acuñada por Ignacio Martín-Baró, la cual hace énfasis en la doble y dialéctica dimensión del trauma: a nivel subjetivo y a nivel social.

Así, de todos los resultados del proyecto, este artículo retoma sólo aquella información relacionada precisamente con el concepto de trauma psicosocial que la participación en la lucha armada pudo haber dejado en los jóvenes y describe algunas variables que pueden estar vinculadas con dicho impacto. Asimismo, expone algunas características de las condiciones actuales de vida de los excombatientes y analiza el papel que éstas juegan en la adaptación a la vida civil de estas personas.

Antecedentes teóricos

Niños soldado en El Salvador: breve aproximación al fenómeno

Según el documento elaborado a partir de las deliberaciones del simposio¹ acerca de la *Prevención del reclutamiento infantil dentro de las Fuerzas Armadas, desmovilización y reintegración social de niños soldados en África* (3), se entenderá como niña o niño soldado a toda persona menor de 18 años de edad que forme o haya formado parte activa de cualquier agrupación armada de tipo regular o irregular y que realice o haya realizado en ella cualquier actividad que pueda o pudiera haber representado algún beneficio para el bando armado en cuestión. Estas funciones incluyen desempeñarse como combatientes, cocineras, centinelas o mensajeros², hasta permanecer en el grupo armado como producto de la militancia en él de miembros de su familia. Esta categoría también comprende a niñas reclutadas con propósitos sexuales o para casarlas a la fuerza con algún miembro del grupo armado en cuestión.

La participación directa de niños y niñas en la guerra, ya sea como militantes o cumpliendo otras funciones dentro de los grupos en contienda, ha aumentado en los últimos años. Las estadísticas

¹ Organizado por Unicef en Cape Town, en colaboración con el grupo de trabajo local en el marco de la Convención de los Derechos del Niño.

² "Correos" en nuestro contexto.

citadas por el embajador Olara Otunnu³ no podían ser más dramáticas: en los últimos diez años, dos millones de niños han muerto en guerras; 6 millones han resultado mutilados; doce millones han quedado sin hogar; un millón ha quedado huérfano y diez millones marcados con irreparables secuelas de tipo psicológico y espiritual (4,5). En lo que respecta a participar como combatientes, Maier (6) informa que hacia 1988 se llegó a la cantidad de 200.000 niños y niñas soldado alrededor del mundo, a pesar del hecho de que los protocolos adicionales a la Convención de Génova prohíben el reclutamiento de niños menores de 15 años, una edad que algunos defensores de derechos humanos consideran ya bastante prematura.

Si los niños soldado son un fenómeno universal en sociedades abatidas por conflictos armados, la guerra sufrida en El Salvador no fue la excepción. A pesar de que no se cuenta con datos específicos y confiables acerca de la cantidad de niños, niñas y jóvenes que engrosaron las filas tanto del ejército salvadoreño como de la guerrilla durante aquella época, el fenómeno de niños militantes o 'niños soldado' fue importante en el país. Según datos proporcionados en el diagnóstico realizado por la Fundación 16 de Enero⁴, de los cerca de 8.000 excombatientes guerrilleros en El Salvador, un poco más de 2.000 no habían cumplido 18 años en el momento de su desmovilización después de los acuerdos de paz (7). Por otro lado, no se cuenta con información acerca de la cantidad de menores que participaron en las filas del ejército salvadoreño; sin embargo, Wessells señala que, al menos, un 20 % de los miembros de las Fuerzas Armadas de El Salvador (FAES) estaba compuesto por menores de edad (1).

En cuanto a las razones que pueden llevar a que niños y jóvenes se involucren en un conflicto

armado, confluyen diferentes circunstancias de orden personal y de contexto, tales como la necesidad, la pobreza, la soledad, la venganza, la ausencia de oportunidades y la supervivencia, entre otros. Machel (5) plantea que las niñas y niños que suelen tener más probabilidades de convertirse en soldados son aquéllos provenientes de contextos de marginación, pobreza o de separación de sus progenitores o encargados. Según el informe de esta autora, en algunos casos, el hambre y la pobreza pueden llevar a los propios padres de familia a ofrecer sus niños para realizar dicho servicio. Por otro lado, a veces los niños se convierten en soldados para sobrevivir, pues una unidad militar puede servir como refugio y como medio para garantizar comidas regulares, vestuario y atención médica.

En el caso que nos ocupa, las razones por las que muchos niños y jóvenes se inclinaron a participar en el conflicto armado salvadoreño podían vincularse, en un principio, con factores de orden personal como la supervivencia, la venganza, el compromiso, la necesidad de dejar de ser víctimas indefensas y de conferirle un sentido a su identidad o la aspiración de convertirse en actores de un proceso "capaz de transformar al país" (7). Todo lo anterior sin contar con el hecho de que, en muchas ocasiones, sus derechos más fundamentales se vieron atropellados cuando el ingreso a cualquiera de los bandos en contienda fue forzado a través del reclutamiento, recurso con el que se pasó por alto toda consideración a los derechos de estos niños, niñas y jóvenes de llevar una vida al margen de este tipo de vivencia.

Si la interacción de múltiples variables tanto de orden personal como social favorecen el ingreso de niños y niñas a una guerra, los efectos en estos menores, hoy adultos jóvenes, son de orden emocional, intelectual, físico y social.

Intervención de niños y niñas en la guerra: trauma psicosocial

El conflicto armado cobró muchas vidas en cada uno de los bandos en contienda. No obstante, fueron algunos sectores de la población civil, sobre todo los niños y los jóvenes, los que se vieron más afectados al encontrarse en medio de un

³ Sucesor de Graça Machel como experto del Secretario General de las Naciones Unidas y representante de asuntos relacionados con niños en conflictos armados.

⁴ Este diagnóstico denominado "*Los niños y jóvenes ex-combatientes en su proceso de reincisión a la vida civil*" fue elaborado por la mencionada Fundación contando con la asesoría del Licenciado José Luis Henríquez y la financiación de Rädda Barnen de Suecia.

'fuego cruzado', cuyas razones de fondo, las más de las veces, no les eran del todo claras. Este desconocimiento, empero, no impidió que la violencia, el terror, la represión y la devastación que la guerra traía consigo los alcanzara, generando las condiciones propicias para el surgimiento de lo que Martín-Baró (8,9) denominara 'trauma psicosocial'. Este concepto fue construido y utilizado por este autor para definir todos aquellos problemas y secuelas de orden psíquico y social ligados a una situación de guerra. En términos generales y, a diferencia del desorden de estrés postraumático, el trauma psicosocial no se limita a ubicar las variables explicativas del fenómeno a nivel intrapsíquico o individual, sino que incluye la dimensión contextual con la que el individuo se relaciona y sobre la cual éste influye (9). Algunas características de la dinámica del trauma psicosocial a tomar en cuenta son:

- su carácter dialéctico-histórico, pues el trauma debe ser explicado a partir de la relación que el individuo tiene con su sociedad, pues éste se enraíza en las relaciones que las personas tienen con su medio;
- se produce socialmente, de ahí que para abordarlo, entenderlo o solucionarlo haya que atender no sólo a la persona afectada, sino a las estructuras o condiciones sociales que han permitido su traumatización;
- las relaciones sociales de las personas no son las únicas causantes de los traumas, sino que su mantenimiento es lo que multiplica la cantidad de personas traumatizadas.

A pesar de que el trauma se produce socialmente, la repercusión que tiene en las personas viene dada también por la extracción social del individuo, su nivel de participación en el conflicto, variables de personalidad y experiencias particulares. Así, el autor concibe al trauma psicosocial como la cristalización en las personas de unas relaciones sociales aberrantes y deshumanizadoras; como una 'normal anormalidad' social que afecta en forma particular a los niños (9). Tristemente, no es extraño encontrar que esa 'normal anormalidad' de la que hablaba Martín-Baró sea una realidad de nuestros días, en los que la deshumanización de las relaciones, la desconfianza, el uso de la violencia y la concomitante erosión del tejido

social son elementos presentes en la sociedad salvadoreña de posguerra.

Por su parte, Henríquez y Méndez (10) proponen que la incidencia que la guerra pudo haber tenido en los niños salvadoreños se modula a partir de tres elementos básicos: la cercanía de la vivencia a zonas de conflicto, el contexto desde el cual se experimentó (en el cual las redes sociales juegan un papel modulador de impacto de suma importancia) y la valoración ideológica que se le da al evento (el percibirse a sí mismo como víctima indefensa o como alguien que puede extraer los elementos positivos de la experiencia). Con relación a esto, Martín-Baró sostiene que entre las reacciones infantiles más comunes que se experimentan a partir de la participación activa en la guerra están el miedo, la ansiedad, la sensación de indefensión y la pérdida de control u otras reacciones de carácter emocional, aunque también pueden aparecer respuestas de carácter opuesto que se destacan por un aplanamiento afectivo de cara a la excesiva carga emocional que tenían las experiencias que les tocó vivir. Como formas posibles de enfrentar lo anterior, este autor plantea que la guerra situaba a muchas niñas y niños en la disyuntiva denominada por él 'acción versus huida'; esto es, enfrentarse a las dos posibilidades, no excluyentes, de involucramiento en una situación de guerra: tomar parte en ella en forma directa, como en el caso de los niños soldado, o ser sus víctimas. Aunque no puede dejarse de lado que los niños soldado fueron también víctimas del conflicto armado, tener un papel protagónico en las actividades que sucedían a su alrededor podía brindarles la oportunidad de minimizar la sensación de sentirse objeto de las circunstancias, sino es que posibilitaba, paradójicamente, condiciones mínimas de subsistencia dentro de una situación límite.

Familia y comunidad como factores de protección ante las vivencias de la guerra

En un contexto de guerra, la población infantil se ve afectada también por su mismo carácter de vulnerabilidad y dependencia con respecto a su entorno, en tanto que ve amenazada y, en muchos casos destruida, su más importante fuente de referencia de identidad personal y socialización:

su familia. Una de las experiencias que más impacto deja en un niño es la de verse alejado de su familia o de su comunidad, situación que fue bastante común durante la guerra, ya sea porque el niño se encontraba alejado de sus padres o hermanos incorporados en la lucha armada, porque se perdía en las constantes huidas o 'guindas'⁵, porque secuestraban, asesinaban o desaparecían a sus padres u otros miembros significativos de su familia o por el hecho mismo de encontrarse militando en alguno de los grupos armados.

Según Fraser, los miembros más cercanos de la familia tienen la función de 'filtrarle' al niño los impactos de las experiencias bélicas. El grupo primario se constituye en un punto de apoyo, seguridad y referencia para los menores al proporcionarles modos de afrontar la realidad y alternativas de respuesta a las situaciones que implican algún tipo de amenaza. De esto se deduce el estrago que supuso para muchos la separación y destrucción de las redes de apoyo familiares y comunitarias, resultado característico, sobre todo, de las guerras civiles.

Punamäki plantea que la socialización de estos niños, en los valores morales deseables, resulta imposible si la sociedad en que se encuentran inmersos es conflictiva (11). De ahí la importancia no sólo de la familia, sino de la comunidad como colectivo o red más amplia dentro de la cual el grupo primario se encuentra inmerso y a partir del cual se construyen normas, valores y actitudes frente a la realidad. La magnitud en la que los niños se ven afectados negativa-mente por la guerra depende en parte de la potencia o efecto de otros factores mediadores, tales como ciertos procesos de desarrollo en el niño, la disponibilidad de una familia o de los progenitores y la solidaridad de la comunidad Macksound. Sostiene que las comunidades pueden sustentar el impacto de la desestabilización y la violencia en sus jóvenes

⁵ Término utilizado para designar una corrida o escape veloz ("ir en guinda" es equivalente a ir corriendo). Durante la guerra servía para caracterizar una huida abrupta de la zona de residencia o de la comunidad de origen ante la proximidad de las filas del ejército. Esta escapatoria se caracterizaba por su carácter súbito, ya que no permitía a las personas llevar consigo sus pertenencias por tener que huir para salvar la vida.

en la medida en que puedan ofrecer actividades educacionales o sociales constructivas que les brinden la oportunidad de discutir y canalizar la violencia que los rodeó en una forma constructiva (12). Jensen y Shaw postulan que el quiebre de la estructura social puede convertirse en un factor crítico con relación al impacto que sus habitantes puedan informar sobre la situación traumática, pues dicha estructura provee las normas y el contexto para la interpretación y entendimiento de las circunstancias traumáticas (13). De hecho, la sociedad en su conjunto tiene una función importante en el procesamiento e integración de una situación traumática, así como la responsabilidad por la reparación o mejoramiento de las condiciones de vida de las personas afectadas.

Materiales y métodos

Muestra

La muestra diseñada para esta investigación comprendía 300 entrevistas. Todas las personas incluidas en la muestra, tanto hombres como mujeres, debían tener menos de 18 años de edad en el momento de la firma de los acuerdos de paz en 1992. Por falta de información confiable y accesible para establecer cuotas para cada grupo de la población objeto, se decidió realizar la mitad de ellas (150 entrevistas) a excombatientes de la Fuerzas Armadas y una cantidad igual a excombatientes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)⁶. De este último grupo y por la dificultad de no contar con información sobre la cantidad de mujeres involucradas en el Frente, se decidió llevar a cabo el 30 por ciento de entrevistas con mujeres desmovilizadas, dada la importancia de la participación femenina en las filas combatientes. Por diversas dificultades encontradas para entrar en contacto y entrevistar a los jóvenes desmovilizados de las Fuerzas Armadas de El Salvador, se tuvo que reducir la muestra de este grupo armado. Esta limitante resultó en una sobreponderación de la muestra correspondiente a los menores que participaron en el FMLN con respecto a los que combatieron en las Fuerzas

⁶ También conocido como "Frente".

Armadas, lo que constituye una de las principales limitantes de la investigación.

Para la muestra de excombatientes del FMLN, se visitaron 61 comunidades, distribuidas en 7 departamentos de la República de El Salvador. A los ex soldados de las Fuerzas Armadas no se les pudo encontrar en comunidades conformadas por desmovilizados, dado que en el momento de la disgregación de fuerzas estos jóvenes no fueron ubicados en asentamientos o comunidades. Por lo anterior, se tuvo que ubicar a cada entrevistado en direcciones de residencia específicas o en cantones donde existen comunidades conformadas por desmovilizados del FMLN.

La muestra final estuvo constituida por 293 entrevistas, 278 correspondieron al FMLN y 15 (el 5,1%) a excombatientes de la FAES. De la cuota muestral correspondiente al Frente, el 33,1% (97 entrevistas) fueron de mujeres ex combatientes. En total, se visitaron 71 comunidades o cantones pertenecientes a 31 municipios de 11 departamentos del país. Más de la mitad de la población encuestada nació en el período de 1976 a 1979. Esto significa que en el momento de ingresar a las filas de la guerrilla o del ejército, la mayoría contaba con una edad promedio de 10 años (figura 1) y que para la firma de los acuerdos de paz en 1992, estos ex combatientes tenían una edad promedio de 15 años. En la actualidad, el 47,8% se encuentra casado o acompañado y un 58,7% de ellos tienen hijos.

De todos los hombres encuestados, el 55,6% se dedica a la agricultura; 15,3% a oficios

especializados (motorista, albañil, zapatero y otros oficios de este tipo); 9,7% dijo estar estudiando, y 7,7% manifestó ser jornalero, entre otras labores. Por su parte, el 68% de las mujeres entrevistadas se ocupa ahora de los oficios del hogar y del cuidado de los hijos, mientras que sólo un 5,2% se dedica a trabajar como agricultoras o jornaleras. El 10,3% de las jóvenes manifestó estar estudiando y 9,3% dijo estar empleadas en la actualidad, entre otras ocupaciones mencionadas.

En cuanto a las funciones desempeñadas dentro de los grupos militares durante el conflicto, tres de cada cinco hombres fueron combatientes, lo cual fue informado por el 23,7% de las mujeres. Los hombres se desempeñaron con mayor frecuencia como combatientes y correos, en tanto que las mujeres se distribuyeron en ocupaciones de cocina, tareas logísticas, sanitarias y combatientes. Finalmente, sólo un poco más de la tercera parte de todos los entrevistados, 36,8%, manifestó haber sido formalmente desmovilizado. Esto indica que, al menos, tres de cada cinco jóvenes ex combatientes -sobre todo los más jóvenes- salieron de las filas sin que esto supusiera formar parte del proceso encaminado a proveerles algún tipo de beneficio que fuera de utilidad en la transición a la vida civil.

Instrumento

El instrumento estaba constituido por un total de 132 variables divididas en nueve áreas temáticas. La primera parte tenía como objetivo recolectar datos geográficos: departamento, municipio y comunidad de residencia del entrevistado; la segunda a recopilar los datos sociodemográficos (características generales del entrevistado). El tercer apartado recogía información de la experiencia militar de los ex combatientes: condiciones y razones de la incorporación a la lucha armada, (figura 2); tareas desempeñadas; situaciones -positivas y negativas- vividas por los y las excombatientes; uso de drogas y prácticas sexuales durante la guerra. Una cuarta parte estaba dedicada a los discapacitados y lisiados de ambos grupos, con el fin de conocer el tipo de discapacidad que poseía el joven y la ayuda que le fue o no brindada como parte de los programas de reinserción surgidos de los acuerdos de paz.

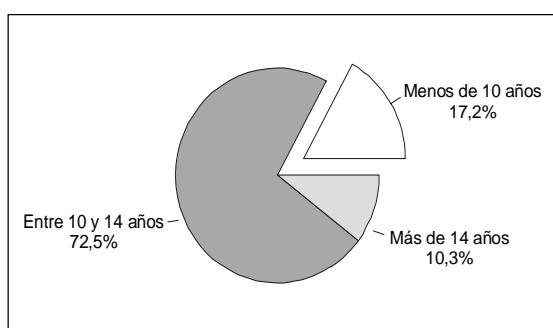


Figura 1. Edad de ingreso a la lucha armada.

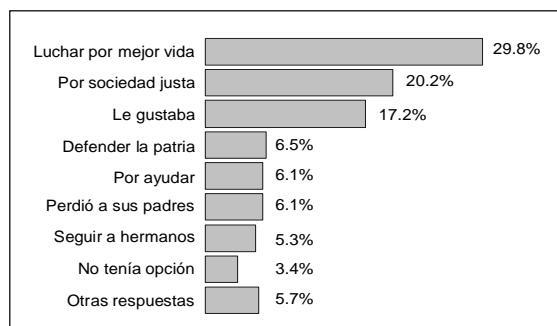


Figura 2. Motivaciones de ingreso a la lucha.

El quinto bloque tenía varias partes. Una sección contenía una batería de preguntas dirigidas a indagar sobre las experiencias de desmovilización del FMLN y la FAES; otra recogía las experiencias de los ex combatientes durante el proceso de reinserción a la vida civil; también se incluyeron algunos indicadores de reinserción social tales como la ocupación, los ingresos, el acceso a servicios básicos y la situación educativa actual; una batería exclusiva para conocer el tipo de servicios básicos a los cuales tienen acceso los menores que viven con el entrevistado y el nivel de satisfacción que posee el joven con sus nuevos papeles civiles.

El impacto psicosocial se midió a través de la valoración del entrevistado de su propio estado de alteración emocional o psicosomática en la actualidad. Esto a partir de una escala en la cual el excombatiente señalaba la frecuencia con que, según él o ella, padecía de cada uno de los estados presentados. La última parte del cuestionario estaba dirigido a informantes claves de la comunidad para recoger información adicional a la brindada por los jóvenes ex combatientes.

Para los objetivos del presente artículo, únicamente se retomarán aquellos datos relacionados con las condiciones de vida e impacto psicosocial, y algunos indicadores socio-demográficos y de reinserción social.

Procedimiento

Un primer paso fue la realización de contactos con diferentes organizaciones que trabajan o tienen proyectos con desmovilizados del conflicto

armado para establecer vínculos de acceso a la población. Por diversas razones, las entidades no brindaron el apoyo necesario para poder ubicar a las personas, lo que obstaculizó la recolección de la información, sobre todo en el caso de los ex combatientes de la FAES. Por ello, el equipo de campo se vio en la necesidad de llegar a las comunidades -de las que se tenía información que fueron conformadas por excombatientes luego de los acuerdos- y ubicar por sus propios medios a los desmovilizados que cumplían con las características necesarias para el sondeo. Los encuestadores ubicaban al entrevistado que cumpliera con las características necesarias para ser incluido en la muestra; se les explicaba la temática y los objetivos del sondeo y se procedía a realizar la entrevista y a recopilar lo más fielmente posible todos los comentarios hechos por los ex combatientes, además de las preguntas del cuestionario. Todo el trabajo de recolección de la información se llevó a cabo entre el 1 de diciembre de 1998 y el 26 de enero de 1999.

Resultados

En este artículo nos centraremos en los resultados que muestran las condiciones de vida actuales de estos jóvenes, así como en la descripción de algunas variables que se relacionan con el nivel de impacto que las experiencias vividas tuvieron en ellos durante la guerra y el proceso de desmovilización y reinserción a la vida civil.

Condiciones de vida y de marginación en la actualidad

Si bien es cierto que para muchos las experiencias sufridas como combatientes o participantes durante la guerra pudieron constituir el factor desencadenante de distintos padecimientos, en la actualidad, las condiciones de vida en las que sobreviven estas personas juegan un papel decididamente importante al valorar esas consecuencias. Se podría argumentar que la calidad de vida que tienen estos jóvenes es similar a la que enfrenta buena parte de la población salvadoreña en términos de sus condiciones de pobreza y marginación; sin embargo, para estos ex niños soldado, estas condiciones se vuelven más importantes si se

toma en cuenta que ya cargan con una serie de experiencias negativas sufridas durante el período de la guerra. En este sentido, a lo largo de esta descripción de las condiciones vitales de estos jóvenes en la actualidad se percibe su situación de desventaja social y marginación.

En primer lugar, los bajos niveles de educación: una cuarta parte de los jóvenes entrevistados no había cursado ningún nivel educativo formal al incorporarse a las filas; el 37,8% había cursado primer ciclo (primero a tercer grado de primaria), la otra tercera parte tenía cursado alguno o todos los niveles del segundo ciclo (de cuarto a sexto grado) y sólo el 3,4% de la muestra dijo haber estudiado algún nivel del tercer ciclo (séptimo a noveno grado) (figura 3). En otras palabras, el nivel educativo de estos ex combatientes era ya bastante bajo al ingresar a las filas. Por su parte, estos bajos niveles educativos no se relacionan con la edad de los jóvenes durante esa época, ya que al momento de afiliarse a uno de los grupos, casi tres cuartas partes de los entrevistados manifestaron tener entre 10 y 14 años, contando, al ingresar, con una edad promedio de 10,3 años. Es decir, ingresaron a una edad en la que, al menos, algunos niveles de primaria debían haber sido cursados, lo cual sugiere a su vez que las condiciones en que vivían -y las que posibilitaban o facilitaban el contexto mismo de la guerra en las zonas rurales del país- influyeron también en

la escasa educación formal. Años después, los resultados indican que estos niveles de educación formal no parecen haberse incrementado: en el momento de la entrevista, sólo 1 de cada 5 jóvenes (21,8%) estudiaba formalmente. Este es el caso sobre todo de los hombres más jóvenes y los que no se encuentran viviendo en pareja, lo cual indica que la gran mayoría no estudia, lo que tiene su repercusión -entre otros aspectos- en el tipo de ocupación que actualmente desempeñan. Estas ocupaciones se encuentran relacionadas, en su mayoría, con el cultivo de la tierra en el caso de los hombres (63,3%) y con los oficios domésticos en el caso de las mujeres (68%).

En este sentido, la mitad de los entrevistados (50,5%) no percibe ingresos propios. Esto es más frecuente sobre todo entre las mujeres y los más jóvenes. En el caso de los que dijeron recibir un sueldo por su trabajo, éste no superaba los 1.000 colones mensuales⁷, en promedio, lo cual es bajo si se considera que en la mayoría de los casos es la única fuente de ingresos del hogar (figura 4). Las mujeres, cuando perciben algún ingreso (24,7% de las entrevistadas) reciben menos que los hombres. De hecho, dos terceras partes de las que reciben un sueldo dijeron percibir menos de 500 colones al mes.

En otro orden de cosas, al ser cuestionados acerca de los servicios que reciben en sus comunidades, sólo un 55% manifestó tener acceso a servicios de agua potable y salud. La gran mayoría no señaló aspecto alguno que les fuera de utilidad a nivel económico para su reinserción a la vida civil (figura 5). A esto habría que añadir que muchos de ellos, casi tres de cada diez jóvenes, sufren actualmente de discapacidades físicas de diferente tipo, de los cuales sólo 5 de cada 100 dijeron haber recibido terapia física y 7 de 100 haber recibido terapia psicológica.

El hecho de que a partir de los acuerdos de paz no se haya diseñado un apartado destinado especialmente a cubrir las necesidades materiales e, incluso, anticipar las urgencias psíquicas que estas personas pudieran haber tenido fue una expresión no sólo de poca previsión, sino de falta de iniciativa política y legal para incluir a estas personas dentro de programas formales,

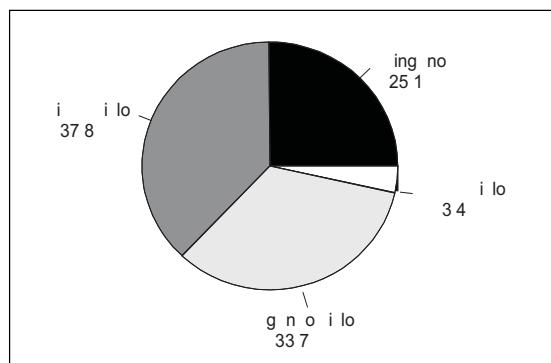
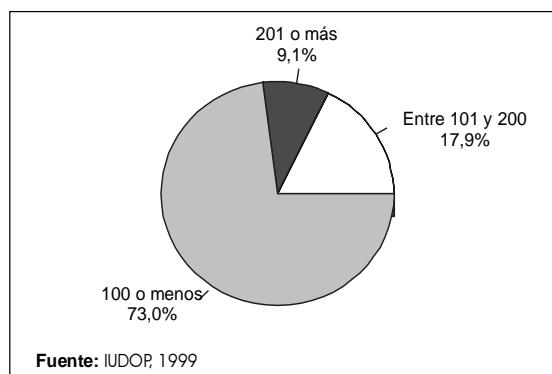


Figura 3. Nivel educativo de los ex combatientes antes del conflicto armado.

⁷ Aproximadamente US \$114,75 para el año en que se realizó el estudio; a partir de enero de 2001, un dólar equivale a 8,75 colones.



Para el año en que se realizó el estudio, un dolar equivalía a 8.71 colones

Figura 4. Ingresos mensuales en dólares.

especialmente dirigidos a ellos⁸. Muchas de estas personas, sobre todo aquéllos que fueron formalmente desmovilizados y puestos en concentraciones, recibieron algún beneficio, que en gran parte consistía en lo que se denominaba 'set personal' (ropa, comida, muebles y medicinas), así como atención médica o alfabetización. Sin embargo, muchos tuvieron que ingeníárselas para recibir dichos beneficios: muchos narraron haber tenido que aumentarse la edad, hacerse pasar por discapacitado, conseguir un carné de desmovilizado por vías alternativas a las legalmente estipuladas, etc. Esto se daba cuando eran formalmente desmovilizados, pero hay que tomar en cuenta que la gran mayoría de ellos fueron simplemente separados de las filas, lo que resultaba en menores o ninguna probabilidad de recibir algún tipo de beneficio.

La información con la que se cuenta evidencia que cuando estos jóvenes llegaron a percibir algún tipo de dividendo por años de participación en el conflicto armado, el esfuerzo y la iniciativa provino de la persona misma y no de un esfuerzo

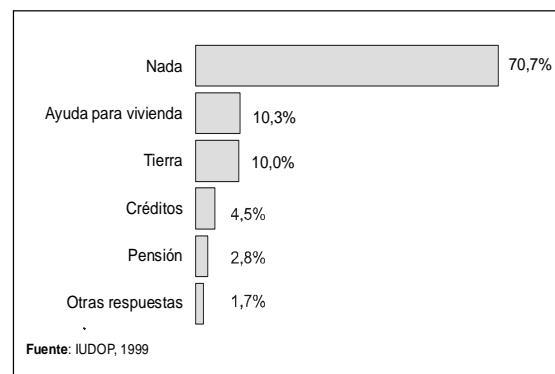


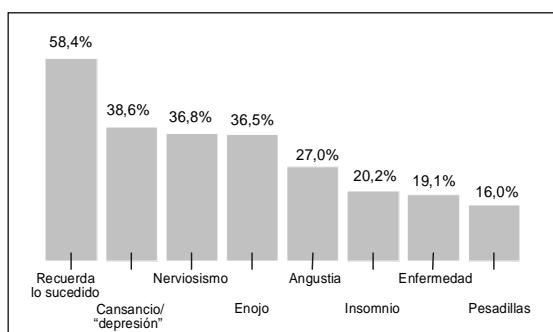
Figura 5. ¿Qué les fue más útil a nivel económico en su transición a la vida civil?

concertado y planificado desde las instancias gubernamentales o desde la dirigencia de la ex guerrilla, encaminado a cubrir las necesidades de estas personas en el momento de su reinserción en la vida civil. Esto se vuelve particularmente relevante si se toma en cuenta la corta edad y la poca o nula capacitación vocacional que la gran mayoría tenía al integrarse a la vida civil y tener con ello que desarrollar otro tipo de actividades para asegurar su manutención y la de su familia.

Impacto psicosocial: alteración del estado emocional y de redes de apoyo comunitarias

Para tener una medida relativa de las huellas emocionales derivadas de su participación en el conflicto armado se incluyeron una serie de ítems que indagaban la frecuencia con que la persona padecía de diferentes estados que, bajo otras circunstancias, no tendrían que presentarse en forma frecuente: enfermedades, insomnio, pesadillas, nerviosismo, angustia, reminiscencias de situaciones vividas durante la guerra, cansancio, depresión o episodios de tristeza. La figura 6 presenta las proporciones de encuestados que dijeron padecer siempre o casi siempre de alguno o una combinación de los elementos anteriores. En general se apreció que, si bien es cierto que no todos manifestaron permanecer en un estado emocional alterado, resalta que casi tres de cada cinco personas piensan o recuerdan siempre o casi siempre las situaciones vividas durante la guerra. Por otro lado, el 38,6% acusó sentirse cansado y deprimido en forma bastante

⁸ De los programas de reinserción diseñados para beneficiar a la población desmovilizada y excombatiente de la FAES y el FMLN, sólo se tiene conocimiento de un programa que involucra directamente a los menores. Este tenía por objetivo facilitar al usuario la inserción al sistema educativo formal o brindarle una capacitación de tipo técnico. Por otro lado, estaba estipulado que aquéllos que contratan entre los 16 y los 18 años de edad podían acceder a ser miembros de cooperativas y otras formas asociativas de propiedad y aplicar para ser tenedores de tierra una vez hubieran cumplido los 18 años de edad.



Fuente: IUDOP, 1999

Figura 6. Personas que dijeron padecer siempre o casi siempre estados emocionales alterados.

frecuente; una proporción bastante parecida se dió entre aquéllos que manifestaron sentirse nerviosos, 36,8%, y quienes dijeron enojarse con facilidad, 36,5%.

La escala de impacto psicosocial se creó a través de la integración de los ocho ítems anteriores, de tal forma que el puntaje de una persona pudiera oscilar entre 0 y 32 puntos como máximo. El cuadro 1 presenta las proporciones obtenidas para cada uno de los ítems que conformaban la batería y que denotan la presencia, aunque en diferentes niveles, del indicador en cuestión.

Los puntajes con valor absoluto más alto indicarían un mayor nivel de impacto. La media general de dicha escala fue de 15,2, con una desviación estándar de 6,2 puntos. Al explorar esta información en función de diferentes indicadores sociodemográficos y de reinserción actual, se obtuvo que ni el sexo, ni la edad de la persona, ni su condición de desmovilización (haber

sido separado de las filas o haber sido concentrado al finalizar la guerra), ni el estado civil, ni tener hijos, logró establecer, en forma estadísticamente significativa, diferencias en los puntajes de esta escala. Esto puede estar relacionado con la condición de homogeneidad de la muestra, es decir, la similitud de condiciones socio-demográficas entre los entrevistados, lo cual hace que el grupo carezca de 'puntos de contraste'. La conclusión que se desprende de esto es que, en términos de datos sociodemográficos, el impacto no varía en forma significativa.

No obstante, al analizar los resultados a la luz de otro tipo de información, se encontraron ciertas variaciones. Una de ellas se da en función de lo que los entrevistados catalogaron como la peor vivencia que les había sucedido durante la guerra. Las distintas respuestas permitieron crear cuatro categorías de experiencias negativas señaladas: muerte de familiares o personas significativas; los ataques, enfrentamientos o 'guindas'; el haber resultado herido en combate o haber quedado permanentemente lisiado, y un grupo que dio otro tipo de respuestas. Entre ellos, el promedio más alto en la escala de impacto se dio entre quienes señalaron la muerte de sus familiares, sus padres o compañeros combatientes como la peor experiencia ($\bar{x}=16,4$, DE=5,5), en donde \bar{x} significa el promedio en la escala según dicha variable y DE la respectiva desviación estándar. Les siguen los que resultaron lisiados o fueron heridos en combate ($\bar{x}=15,9$, DE=7,0). De hecho, los puntajes de estos dos grupos de personas se diferencian significativamente del resto de categorías $F(3, 277) = 8,011$ $p<,0001$. Otra diferencia clara se da

Cuadro 1. Proporciones obtenidas en los reactivos del apartado de impacto psicosocial para las opciones 'a veces', 'siempre' y 'casi siempre' (en porcentajes).

Indicadores	A veces	Casi siempre	Siempre	Total
Se enferma	40,6	12,6	6,5	59,7
Padece de insomnio	20,8	11,3	8,9	41,0
Padece de pesadillas	29,7	9,9	6,1	45,7
Nerviosismo	34,0	22,0	14,8	70,8
Se siente angustiado	39,2	19,8	7,2	66,2
Cansancio/depresión	35,8	17,4	21,2	74,4
Piensa en lo sucedido	25,6	18,8	39,6	84,0
Se enoja con facilidad	26,6	15,0	21,5	63,1

Fuente: elaboración propia a partir de resultados de la investigación *Niños soldados, lecciones aprendidas* (IUDOP, 1999)

al contrastar la medida de estas repercusiones entre los que se encuentran discapacitados en la actualidad, puesto que ellos tienen un promedio de impacto significativamente más alto ($\xi=17,5$, $DE=6,8$) que los ex combatientes que no sufren de discapacidad alguna.

Otro elemento que marcó diferencias en los puntajes fue el hecho de haber experimentado dificultades para ser aceptado en la comunidad, una vez finalizada la guerra. Las personas que informaron esto, aunque eran una minoría en contraste con las que no tuvieron problemas, tienen un puntaje significativamente más alto en la escala de impacto ($\xi=19,6$, $DE=5,1$) t (285) = 3,266 p<.001, que quienes no experimentaron rechazo o algún otro tipo de dificultad al volver a su comunidad ($\xi=14,9$, $DE=6,1$). Con relación a esto, casi dos de cada cinco personas opinaron que las comunidades no se encontraban preparadas para recibir y reintegrar a la juventud militar. Por otro lado, entre los jóvenes ex combatientes entrevistados hubo una parte que manifestó sentirse decepcionada, ya sea hacia alguna persona o algún suceso, y fueron ellos quienes tuvieron un promedio más alto ($\xi=17,3$, $DE=5,9$) que las personas que no experimentan esta sensación de desencanto ($\xi=13,9$, $DE=6,0$). Finalmente, se encontraron diferencias de relevancia estadística en la escala de impacto psicosocial entre quienes tienen acceso a los servicios de salud ($\xi=14,7$, $DE=5,9$) y aquéllos que no cuentan con dicho servicio ($\xi=17,1$, $DE=6,6$).

Hubo una serie de preguntas al final del cuestionario dirigidas a personas que conocieran de cerca al joven que se había entrevistado, es decir, a familiares, vecinos u otros informantes claves. Por razones de diferente tipo, sólo se logró contar con estas declaraciones en menos del 30% del total de los casos. No obstante, la información con la que se cuenta muestra una relación directamente proporcional entre la reiteración con que los informantes clave perciben al joven triste o deprimido y enojado con facilidad y altos niveles de impacto⁹. Lo que esto indica es que a mayor constancia con respecto a la percepción de los informantes acerca del estado de ánimo alterado del joven, más altos son los puntajes de estos

últimos en la escala de impacto. En esta misma línea y en la medida en que los informantes han reportado niveles bajos o ausencia de un estado emocional alterado en los ex combatientes, han informado mejores niveles de relación de éstos con el resto de la comunidad (Pearson=-0,39, p<0,0001). A su vez, este indicador de frecuencia con que los informantes clave percibían deprimido o enojado con facilidad al joven, se relaciona en forma positiva con la escala de impacto (Pearson=0,48, p<0,0001), lo cual sugiere que el indicador externo proporcionado por los informantes es un criterio, aunque indirecto¹⁰, que apunta los resultados de la escala de impacto y que sugiere que la percepción de estos informantes está muy relacionada con la forma en que los jóvenes -sobre todo aquéllos con un estado emocional alterado- perciben su propia situación.

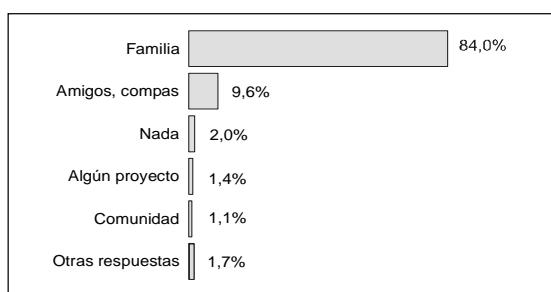
Frente a esta situación, uno de los factores que parece haber contenido el impacto y ayudado a sobrellevar este tipo de situaciones, experiencias vividas y condiciones de vida desfavorables, es la familia. Esto quedó mejor reflejado en una de las preguntas del cuestionario que recogía la opinión de los ex combatientes acerca de la persona o aspecto que le había sido de mayor ayuda a nivel psicosocial para su reintegración a la vida civil: para casi la mitad de la muestra, lo que más les ayudó en el proceso de transición fue su familia. En la misma línea de argumentación, entre todas las cosas que pudieron haber facilitado el proceso de reinserción a la vida civil, cuatro de cada cinco catalogaron a la familia como aquéllo que les fue más útil y beneficioso durante dicho proceso (figura 7).

Discusión

Los niños soldado salvadoreños provenían en su inmensa mayoría de las zonas rurales del país y se incorporaron a los grupos armados a temprana edad. Al respecto, los argumentos ofrecidos por

⁹ Pearson=0,43, p<0,0001 para frecuencia con que ven al joven triste y Pearson = 0,43 para frecuencia con que ven al joven deprimido o enojado con facilidad.

¹⁰ Ello sobre todo porque no se cuenta con esta información clave para el total de la muestra, por lo cual este criterio externo no puede tomarse como definitivo.



Fuente: IUDOP, 1999

Figura 7. Aspecto de mayor utilidad durante transición a la vida civil.

los menores acerca de su ingreso a las filas fueron interesantes, pues la gran mayoría informó haber ingresado 'voluntariamente'. Luchar por una vida mejor, por una sociedad justa y porque era de su agrado fueron las motivaciones para incorporarse a la lucha armada más frecuentemente mencionadas. Estas razones que, a primera vista, parecieran indicar una idea clara del porqué luchaban, podían haber sido producto, por una parte, del adoctrinamiento característico en niños y personas militantes, a las cuales se pretendió motivar haciendo alusión a concepciones que exaltan el 'prestigio social' del combatiente, cuando no sus ideales de 'nacionalismo', 'liberación' u otros principios similares. Pero, por otra parte, es discutible si ellos y ellas eligieron la guerra a través de su ingreso 'voluntario' (en el caso de no haber sido reclutado forzosamente), o si el conflicto los eligió a ellos al no dejarles otra alternativa y no posibilitar las mínimas condiciones de supervivencia y sano desarrollo. Es a esto a lo que alude el dilema acción-huida que muchos niños y jóvenes tuvieron que enfrentar durante la guerra y resolver a través de su incorporación a las filas.

Cuando un niño o un adolescente ha perdido a su familia o a varios miembros de ella, cuando el tejido social que lo sostenía y le confería sentido e identidad se ha desbaratado, cuando las opciones de supervivencia disminuyen y la probabilidad de convertirse en una víctima más aumenta en la medida en que la violencia bélica se recrudece, es entonces cuando no puede hablarse de una opción voluntaria, es cuando los factores externos -aunados a las condiciones precarias en las que muchos vivían aún antes de

la guerra- constituyen el contrapeso justo para inclinar la balanza a favor del ingreso a las filas. En este sentido, el caso salvadoreño no podría ajustarse mejor al planteamiento de Machel (5), quien resalta las condiciones de pobreza, marginación y desarticulación de redes sociales -así como las posibilidades de supervivencia y garantía de alimentación y atención médica que pueden darse al convertirse en combatiente- como importantes predictores del ingreso de niños y niñas a las filas de ejércitos y guerrillas.

Varios años han pasado ya desde el fin de la guerra y del inicio de la transición que supuso para estos niños y jóvenes dejar las armas e incorporarse a la sociedad civil. No obstante el tiempo transcurrido, la información que se pudo extraer de esta exploración sugiere que el impacto que a nivel psicosocial tuvo el conflicto armado en estas personas se encuentra aún latente. A pesar de que el nivel real o total del impacto que la guerra pudo haber causado difícilmente podría haber sido dimensionado o medido a través de esta investigación, se encontraron algunos indicadores de impacto psicosocial de orden psicosomático tales como un estado de ánimo alterado, expresiones de enojo, tristeza, nerviosismo, angustia e insatisfacción, entre otros. El análisis de la información apunta a que estos padecimientos -referidos por las personas mismas- se encuentran relacionados con algunas variables importantes. En primer lugar, el nivel de impacto psicosocial se encuentra relacionado con la calidad de la vivencia -en este caso, negativa- que el ex combatiente pudo haber sufrido durante la guerra. La desarticulación de redes de apoyo significativas y padecimiento de discapacidades constituyen experiencias que han tenido el potencial de incidir en el funcionamiento y el estado anímico de los jóvenes después de la guerra. Esto podría tener su explicación en el importante papel modulador de impacto que suelen tener las redes sociales que circundan a los niños y jóvenes (10) y, obviamente, en el impacto que supone para cualquier persona sufrir de una lesión que en muchos casos puede ser permanentemente discapacitante.

Si la experiencia de la muerte, la desaparición de las más cercanas redes de apoyo y sufrir una

lesión discapacitante son elementos con un potencial traumático para quienes llegan a experimentarlas, esta potencialidad se incrementa drásticamente en la medida en que se los padece como producto de la dinámica bélica de una guerra civil. En este sentido, los datos relacionados con el caso salvadoreño sugieren que la familia constituyó un factor de protección y apoyo que facilitó las transiciones y ayudó a los jóvenes a superar las dificultades que encontraron a lo largo del camino de la reincorporación a la vida civil.

Un segundo elemento relacionado con la frecuencia con que estos ex combatientes dijeron experimentar distintos indicadores de impacto es el hecho de haber tenido dificultades en el proceso de incorporación a los lugares o comunidades de origen. Muy probablemente, estos niveles de impacto en función de la magnitud de la acogida o rechazo de la comunidad estén mediados por la importancia que en el proceso de transición a la vida civil tiene la estructura social del individuo y la posibilidad de percibir un sentimiento de solidaridad y aceptación de los miembros que la componen. En este sentido, la aceptación o rechazo de la comunidad es un factor mediador de suma importancia, pues, al margen de poder constituirse para el joven en una necesaria y cercana fuente de referencia y de sentido de pertenencia, tendría -en teoría- la posibilidad de ofrecer actividades constructivas para su formación o, incluso, un necesario espacio para ventilar y poder con ello terminar de integrar y entender las experiencias vividas durante la guerra (12,13). A partir de esta observación es más sencillo imaginar la sensación de desamparo y vulnerabilidad que muchos experimentaron al tener que vivir la guerra y el duro período de posguerra sin su familia, sin un grupo de referencia o sintiéndose rechazados por los miembros de la comunidad a la que retornaban, sobre todo si no haber tenido la posibilidad de contar con esto fue también producto de las experiencias que tuvieron que enfrentar durante la guerra.

Cabe recordar aquí que, en muchos casos, la guerra civil devastó comunidades enteras, desplazó a grandes contingentes de población de sus lugares de origen y desintegró familias y redes más extensas, por lo que, al finalizar el conflicto,

muchos núcleos de población tuvieron literalmente que buscar nuevos asentamientos y formas de vida. En este sentido, la desarticulación del tejido comunitario no sólo se volvió más frecuente, sino un obstáculo -en sí mismo- para 'absorber' a nuevos miembros de la sociedad civil que a su vez necesitaban también de apoyo tanto material como social y psicológico. Y este problema, unido a la poca planificación y al hecho de que tampoco se facilitaron las condiciones para que las diferentes instancias gubernamentales y no gubernamentales sensibilizaran a la población respecto al tema, no contribuyó a que la transición de estos excombatientes a la vida civil fuera menos 'cuesta arriba'.

Un tercer elemento relacionado con los niveles de impacto informados por los propios actores es la sensación de decepción y frustración por parte del ex combatiente. Esta sensación -que podría ir desde el desencanto hacia personas concretas, hacia los grupos armados a los que pertenecieron, hacia los procesos de desmovilización y reinserción hasta la decepción con su vida personal- se encuentra relacionada con altos niveles de impacto y con un estado anímico alterado, el cual, a su vez, está vinculado con relaciones deterioradas o pobres con el resto de miembros de la comunidad. En este sentido, el estado anímico general que por distintos motivos pueden estar padeciendo estas personas también se encuentra relacionado con las características del contexto que los rodea actualmente. Buena parte del problema reside en que el nivel de riesgo que para muchos supuso su participación en la guerra no es proporcional a las pocas o nulas retribuciones que, a su juicio, recibieron al finalizar la misma; sobre todo porque esta marginación no coincidió con las expectativas que la mayoría se había forjado acerca de dicho proceso. De hecho, al hacer un análisis general se encuentra que son pocos los que recibieron alguna retribución como parte de un programa diseñado e implementado para cubrir las necesidades de los ex combatientes menores de edad.

No obstante, estos aspectos se limitan a sugerir el 'nivel psíquico y personal del impacto' que la guerra les heredó a estos ex niños soldado. Sin embargo, desde nuestra perspectiva teórica, este

impacto tiene también una dimensión social, la cual debe sondear aquellas causas y situaciones que remiten a la guerra, pero que cobran vigencia en el presente y en la realidad de cada una de estas personas; debe hacer alusión a las condiciones de vida poco posibilitadoras que forman parte de su existencia en la actualidad; debe subrayar la necesidad de 'sanear' el contexto sociomaterial de estos jóvenes ex combatientes para pretender que funcionen en forma más adaptada y saludable como miembros civiles de la sociedad.

De hecho, las condiciones en las que se desarrolla la vida de estas personas, a diez años de firmada la paz y de haber cesado el conflicto armado, dejan aún mucho que desear. En este sentido, una de las hipótesis que se deriva de este primer esfuerzo por explorar las condiciones de vida de estos ex combatientes es que precisamente las condiciones actuales de vida no facilitan un eficaz ajuste a la realidad de posguerra. Si bien la guerra tuvo una cuota bastante alta de responsabilidad, la paz tampoco parece traducirse en oportunidades concretas para los ahora adultos y adultas jóvenes. En la actualidad, las múltiples necesidades, los altos niveles de pobreza, el poco o nulo acceso a diferentes tipos de servicios básicos, así como los bajos niveles educativos son factores que dificultan grandemente su reinserción a la vida civil, así como su capacidad y derecho a llevar una vida digna, a cubrir sus necesidades y brindarles a sus hijos una infancia diferente a la que ellos tuvieron. Estas personas viven una realidad plagada de necesidades de diferente orden que no se deben ni se podrán solventar desde una perspectiva asistencialista, pero que se profundizarán más si no se destinan recursos que permitan las condiciones mínimas de desarrollo a partir de las cuales ellos puedan generar soluciones alternativas a sus propias demandas.

De ahí que una de las lecciones que se han de aprender a partir de la experiencia de los jóvenes ex combatientes salvadoreños es el hecho de que cuando el conflicto en cuestión finaliza no se debe relegar al olvido a aquel sector de la población que participó en forma directa en el mismo, sobre todo si con ello se margina a uno de los grupos

sociales más importantes y más vulnerables como lo es el de los niños y los jóvenes. No se puede hablar de reconciliación o de paz si en la sociedad salvadoreña hay sectores afectados de manera profunda a los cuales no se les ha brindado la atención necesaria. Es preciso recordar que esta población participó y sufrió el conflicto armado de manera directa durante su infancia, por lo cual las consecuencias tienen buenas probabilidades de repercutir a mediano y largo plazo en sus vidas. Es, entonces, desde la vivencia y experiencia de estas personas que se debe aprender que es imposible construir un presente sin tener en cuenta el pasado, que no se puede gozar de armonía si no se ha socializado y enseñado a la población desde una temprana infancia a desenvolverse y manejar sus relaciones en esos términos y que no se puede esperar contar con 'adultos sanos' en el sentido holístico del término si durante su niñez estuvieron constantemente expuestos a la enfermedad de la guerra y si en su adultez temprana siguen formando parte de las mayorías históricamente desfavorecidas.

Deseamos finalizar con una reflexión de fondo, puesto que consideramos preciso resaltar que estas situaciones pueden minimizarse o evitarse en la medida en que se articulen esfuerzos para evitar que niños y niñas ingresen a las filas de grupos en contienda. Es preciso generar mayor conciencia alrededor de los perjudiciales efectos que tiene para una sociedad permitir que niños, niñas y jóvenes estén involucrados en este tipo de eventos. De hecho, proteger a los niños inmersos en contextos bélicos no es sólo una acción a favor de la protección de sus derechos humanos más fundamentales, sino una apuesta concreta y una de las pocas estrategias viables para contrarrestar la transmisión generacional de la violencia como medio de solucionar los problemas (12) y, como en el caso salvadoreño, poder al menos minimizar un poco el impacto que la guerra deja como una de las vivencias más deshumanizantes y devastadoras que puede experimentar una persona.

Referencias

1. Wessells M. Child soldiers: in some places, if you are as tall as a rifle you are old enough to carry one. Bulletin of the Atomic Scientists 1997;53:32.

2. **Instituto Universitario de Opinión Pública, IUDOP.** Niños soldados, lecciones aprendidas. San Salvador, El Salvador: IUDOP; 1999.
3. **Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF.** Annotated principles and best practice on the prevention of recruitment of children into the armed forces and demobilization and social reintegration of child soldiers in Africa. Cape Town, Africa: Unicef; 1997.
4. **Fulci F.** Massacre of the innocents (Child victims of war). UN Chronicle 1998;35:26.
5. **Machel G.** Impact of armed conflict on children. Selected highlights. New York: United Nations Department of Public Information; 1996.
6. **Maier K.** The universal soldier (child soldiers). Yale Review 1998;86:70.
7. **Fundación 16 de Enero.** Los niños y jóvenes ex combatientes en su proceso de reinserción a la vida civil. San Salvador: Rädda Barnen de Suecia; 1995.
8. **Martín-Baró I.** La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador. Revista de Psicología de El Salvador 1988;28.
9. **Martín-Baró I.** Guerra y trauma psicosocial del niño salvadoreño. En: Psicología social de la guerra: trauma y terapia. San Salvador: UCA Editores; 1990.
10. **Henríquez JL, Méndez M.** Los efectos psicosociales de la guerra en niños de El Salvador. Revista de Psicología de El Salvador 1992;44:89-107.
11. **Punamäki R.** Una infancia a la sombra de la guerra. Estudio psicológico de las actitudes y vida emocional de los niños israelíes y palestinos. En: Psicología social de la guerra: trauma y terapia. San Salvador: UCA Editores; 1990.
12. **Macksound M.** Children in war. World Health 1994;47: 21.
13. **Jensen P, Shaw J.** Children as victims of war: current knowledge and future research needs. Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry 1993;32:697.